

Fecha: 01-08-2025
 Medio: El Mercurio de Antofagasta
 Supl.: El Mercurio de Antofagasta
 Tipo: Noticia general
 Título: "La plaza era un punto de encuentro esencial, donde escuchábamos música, o simplemente disfrutábamos la vida"

Pág.: 20
 Cm2: 441,6
 VPE: \$ 892.814

Tiraje: 5.800
 Lectoría: 17.400
 Favorabilidad: ☐ No Definida



Katty Centellas Navarro: *"La plaza era un punto de encuentro esencial, donde escuchábamos música, o simplemente disfrutábamos la vida"*

Katty Paola Centellas Navarro vivió en María Elena desde los tres meses hasta los 18 años. Hija de Ana María Navarro Rojas, recordada Reina de Belleza del campamento en 1966, creció en un entorno profundamente humano, marcado por la tierra, el viento salino y la calidez de su gente.

Allí forjó su carácter, sus valores y su identidad. Luego, partió a Antofagasta para continuar sus estudios, ciudad donde estudió educación parvularia, posteriormente conoció al hombre que sería su compañero de vida y con quien se casó.

Hoy, con gratitud, rememora una infancia construida entre juegos callejeros, bandas escolares, vecinos solidarios y lecciones inolvidables. La pampa vive aún en su memoria.

¿Dónde vivió específicamente y qué significó para usted?

-Viví en María Elena prácticamente toda mi infancia y juventud. Llegué a los tres meses de nacida, luego de un nacimiento circunstancial en Cauquenes, Región del Maule, y me quedé hasta los 18 años, cuando salí de cuarto medio para irme a estudiar a Antofagasta. Vivíamos en la calle Pedro Montt

N° 30 y luego en la calle Prat N° 70, muy cerca de la estación de trenes. Para mí, crecer allí significó todo. Fue un entorno profundamente humano, solidario, donde la comunidad entera actuaba como una gran familia. Se compartía, se cuidaba, se jugaba en la calle hasta tarde, y siempre había una mano amiga dispuesta a ayudar.

¿Qué experiencias marcaron su paso por la pampa?

-Recuerdo la convivencia vecinal, las tardes jugando en la calle con mis amigos, la creatividad que teníamos para inventar juegos con lo que hubiera: tarros, piedras, palos. Jugábamos "luche", hacíamos bandas musicales con ollas y latas, y nos disfrazábamos para representar cosas. También marcó mucho mi paso por el colegio: fui abanderada porta estandarte, fui guía de grupo portando una banda tricolor, en básquetbol y en ajedrez.

Me encantaba estar involucrada. Fui parte de un grupo de chicas elegidas para desfilar en la tienda "Shopping Loa", lo que fue toda una experiencia para nosotras. La vida pampina me regaló amistades que aún conservo, recuerdos vívidos de alegría compartida y un sentimiento de pertenencia que nunca se fue.



EN UN DESFILE DE MODAS DE LA BOUTIQUE SHOPPING LOA REALIZADO EN EL CLUB 4 DE MARÍA ELENA.-

¿Cree usted que crecer en la pampa forjó su carácter? ¿Por qué?

-Absolutamente. La pampa fue mi escuela de vida. En el colegio me impulsaron mucho a participar, lo que fortaleció mi seguridad y liderazgo. El entorno también influyó: el compañerismo, el respeto por el otro, el valor del esfuerzo y la colaboración. Aprendí a trabajar en equipo desde niña. Además, la vida en la pampa no era fácil, pero te daba herramientas para enfrentar las dificultades con

resiliencia. Hoy, esos valores me acompañan en todo lo que hago y son parte de lo que soy.

¿Cuáles son los recuerdos que tiene de esos años?

-Tengo recuerdos hermosos. Mi familia era muy cercana y alegre. Mis abuelos y mis tíos eran muy cariñosos y artistas: formaron un grupo que imitaba a "Música Libre", un programa de TV de la época. Mi tía Teresa hacía las coreografías, cantaba precioso, y presentaban shows en distintas

localidades. Yo, siendo pequeña, me sumaba encantada. Una vez incluso conocimos al grupo original, y uno de los bailarines, llamado Jorge Romo, me alzó en brazos: ¡no lo podía creer! También recuerdo los juegos con mis amigos, las comidas compartidas.

¿Qué lugares característicos recuerda?

-La plaza era un punto de encuentro esencial, donde compartíamos, escuchábamos música, y simplemente disfrutábamos de la vida.

Otro lugar inolvidable era un parque que estaba en el sector del americano que bordeaba la casa de los directivos de SQM, con mucha vegetación, pajareras y sombra, ideal para pasear, pensar o hacer picnic con amigos.

También la piscina y el río Loa marcaron mi infancia: íbamos en bicicleta, a veces en grupos grandes, y nos quedábamos todo el día bañándonos y compartiendo almuerzos que llevaban nuestras mamás. El colegio también fue un lugar central en mi vida: un verdadero segundo hogar, lleno de cariño, contención y aprendizaje.

¿Algún pampino fue un ejemplo para usted?

-Sin duda, mi mamá. Ella siempre me impulsó a ser mejor, a dar lo mejor de mí. Su fuerza, su cariño, su sentido del deber fueron una guía constante. También recuerdo con mucho respeto al profesor Eduardo Ramírez. Tenía unos 10 años cuando nos pidió dibujar algo alusivo al Combate Naval de Iquique. Como no dibujaba bien, pedí ayuda a un tío, y aunque lo pinté yo, el dibujo no era completamente mío. Saqué un 7, pero cuando el profesor lo eligió como ganador del curso, me sentí tan mal que tuve que confesarle la verdad.

Pensé que me iba a poner un 1, pero, para mi sorpresa, me dijo que por haber sido honesta, me mantenía la nota. Fue una gran lección: me enseñó que la integridad vale más que cualquier premio.